

EL DILUVIO

10 CENTS



EL LORO DEL CUENTO

Moret-loro. — ¡Quiero ir á Inglaterra!
El jesuita. — Usted irá donde le lleven.

¿LO TIENE Ó NO LO TIENE?

¿Lo tiene ó no lo tiene? He aquí la cuestión. Yo creo que puede ser que lo tenga ó que no lo tenga; pero como supongo que este luminoso parecer, con el que están enteramente de acuerdo el doctor Lopez y Santiago Valentí, no va á satisfacer á ustedes, he consultado «á más señores».

¿Lo tiene ó no lo tiene? Cuestión es esta de más difícil solución que las propuestas por la esfinge á los viajeros y aún que aquella no dilucidada por los siglos ni los sabios de «quién la tiene dentro», concretada por un ratero á quien sorprendieron con la mano en bolsillo ajeno.

Yo creo que podría abrirse un concurso con premio de libros... de caballería, para ver si *los de la baticola ó Memento*, que lo sabe todo *a posteriori*, daban en el hito de si Moret tiene ó no tiene el decreto de disolución.

No, ciertamente, con el propósito de sacar á ustedes del consabido mar de confusiones donde *la ola* de Moret amenaza anegarnos, si que «á título de información», como escribe Ventalló cuando

infundia en gordo, reproduzco las opiniones recogidas:

—Non es de sesudos homes nin de infanzones de pro fablar de disoluciones á quien pudo contra vos alzar sus cien diputados en cualquiera votacion. Si publicais el decreto al Aventino me voy y allí pintaré acuarelas, pero no haré el *papel Job*.

Esto dijo el señor Maura presa de inmenso furor; pero, pensándolo un poco, el hombre se la envainó.

(*Del Romancero más romancero.*)

Yo creo que lo tiene, porque á mí ya me han *disolvido*.

Santa María.

(Subiéndose por las Paredes.)

El decreto de disolución puede ser una ilusión de decreto para Moret; pero para mí ¡ay! sería el decreto de desilusión.

Canalejas.

(Tocando apurado la campanilla de los apuros.)

A la mar fui por naranjas, como me correspondía, y averigüé que el decreto... pues... ¡naranjas de la China!

Concas.

(Saliéndose por peteneras por no haber tenido otra salida.)

Si no lo tiene es hombre al agua. Si lo tiene y lo guarda se expone á que sea luego un papel mojado.

Cada día creo más en la eficacia de la política hidráulica; aquí nos tienen ustedes empantanados y... ¡tan ricamente! Por eso, dentro de mis principios, se impone el que estas Cortes se vayan á mandar llover.

Gasset.

(Sin escape.)

Si lo tiene me hago *solidario*.

No del decreto, de *los otros*. Hay que asegurar la senaduría, y al que madruga...

Pere Grau Maristany.

(Madrugador.)

Como alcalde, soy interino y no tengo opinión; como republicano, soy interino, digo, soy alcalde, y no puedo opinar; como catedrático, sólo sé que no sé nada; como... como...

preguntaré á Marianao, que debe estar *enterao*.

Giner, interino, de los Ríos.

¡Que se vea! ¡Que se vea!

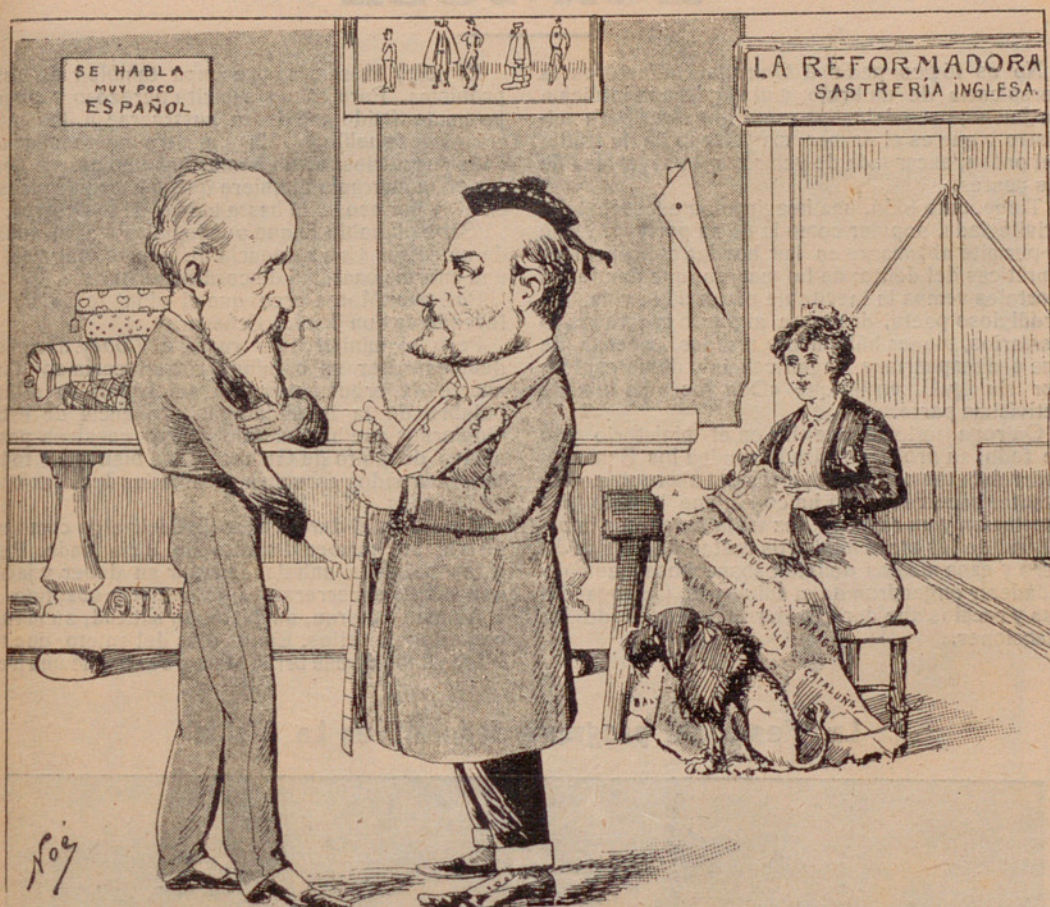
Las del tendido 9.

Lo que va de ayer á hoy



Antes por estos servicios se daban unas pesetas, pero ahora, más liberales, los premiamos con carteras,

A brifanzarnos focan



El sastre.—Yes, yes, le transformaré de manera que nadie le conocerá que es español.
El parroquiano.—Sobre todo, maestro, córteme usted las mangas muy anchas.
La oficiala (dejando de remendar la capa).—Del corte de mangas me encargo yo.

Creo que en estas cosas hay que andarse con pies de plomo... y cómprame el plomo para los pies.
Romanones.
 (Enteramente aplomado.)

Yo no sé si lo tiene; pero si lo tiene y lo saca ¡buena me espera después de la última edición de *El solidario* y su tiempo!

Me parece que para ganar la batalla no voy á encontrar más *ardid* de guerra que don Lorenzo
Alejandro, antes magno.

Si lo tiene, no lo parece; si no lo tiene, lo parece. De todas maneras lo que hace Moret no es original; es un fusilamiento de lo que yo hice.

El enano de la venta.

Si lo tiene ó no lo tiene
 ó lo deja de tener,
 papá, sentado en el Banco,
 puede esperarlo muy bien.

Rimas infantiles del nieto de Sagasta

Aunque *El Liberal* afirme otra cosa, conste que yo no he dicho nada.

Sostres,
 (Gobernador, á falta de otro.)

Lo tiene, no lo duden ustedes. Le he visto el bulto y la mecha en el faldon izquierdo de la levita.
Memento.
 (En el último azto.)

Ya han oído ustedes lo que dice *Memento*, que es para mí una gran *autoridaz*.

Quiroga Ballesteros.

(Ministro morganático de la Gobernación)

¡Que se lo den! ¡que se lo den!... Y ya veremos si esta vez *me la dan á mí*.
Cambó.

(Futuro padre.. de la patria.)

Yo también lo tuve... y ¡aun me duele!

La sombra de Olózaga

En confianza les diré á ustedes que tengo . la confianza
Moret.

(Presidente en la reserva activa.)

Y nosotros, que no tenemos ninguna, también en confianza.

Varios ciudadanos incoloros.

Por todo lo no firmado,

JERÓNIMO PATUROT.

(Disolvente sin decreto.)

DON JOSE

No es lógico pedir á Quiroga Ballesteros la perspicacia de un brujo, y ni siquiera la intuición de Jaume; pero debemos creer que sirve para ministro y que es el primer magistrado de la trailla del orden, encargada de velar por la seguridad de las gentes.

Tiene, ante todo, una imaginación excepcional y privilegiada, popular como la de su portero, y que le permite abismarse en las hondas concepciones sintéticas del delito; de tal manera, que donde los mortales vemos la inevitable prosa de la vida, él, prodigioso poeta, descubre al punto ignorados libertarios, planes hábilmente urdidos, escenas de una shakespeariana magnificencia y de un esplendor sin igual, en las que «Don José» ha tomado activísima parte.

Quiroga Ballesteros entra en el ministerio y lo ve todo: su profunda mirada sondea los Bancos y sorprende las ocultas riquezas del anarquismo militante, encerradas en un cofre, que ha sido una revelación y un rayo de luz en la tenebrosa imbecilidad de los otros ministros restaurados. Ese dinero y esos medios denotan sospechosas complicidades y engendran en el ánimo de Quiroga dudas y celos que durarán hasta la época de las elecciones.

El jefe, Moret, se preocupa también de este problema. Pero es un espíritu perezoso y singularmente tímido que desea sustraerse á las ovaciones del pueblo y á la siniestra contemplación de los sectarios; es un hombre que no quiere pensar en la anarquía ni quiere que la anarquía piense en él, y por eso evita hasta hablar de los cofres.

¡Sabe el diablo lo que puede haber en el fondo de un cofre! Una sentencia de muerte, tal vez, ó una enorme cantidad de cordita aurífera.

Por eso Moret cree que el «don José» de la leyenda es don José... Echegaray.

Pero el ministro del ramo, el *Bobby* nacional, debe expresar su opinión y robustecerla con toda suerte de argumentos. Su palabra es la última palabra de la habilidad y la prudencia de estos Gobiernos que han sabido salvar nuestras posesiones del golfo de Guinea. Y es bien que todos los gobernados escuchen atentos las declaraciones de Quiroga.

Puesto en el duro trance de decir algo como ministro, un hombre discreto no diría nada. Pero estos políticos anhelan cumplir su deber y jamás han sabido encerrarse en un mutismo absoluto.

Aunque callaran, su gesto, su actitud, su mirada hablarían por ellos. En los ojos del sujeto que gobierna á los demás brilla siempre la luz de una idea.

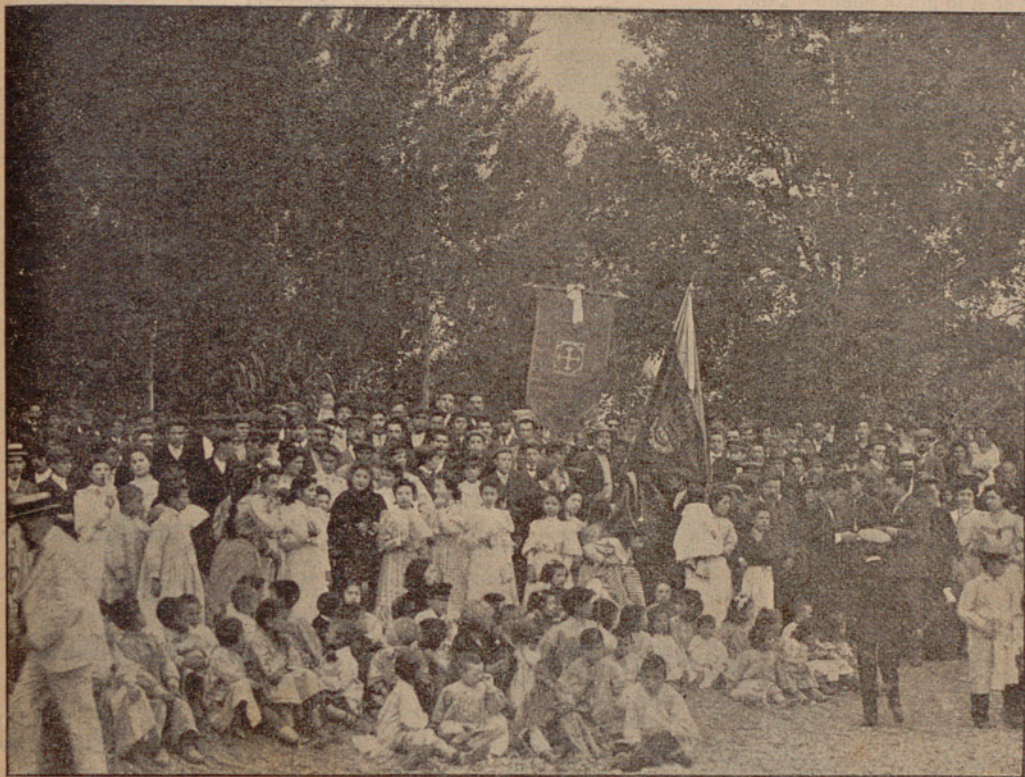
La "fiesta del programa federal" en La Bisbal



Comisionados de los partidos Federal, Catalanista y de la Union Republicana, con la bandera federalista.

(Instantánea del señor Esquirol.)

La "fiesta del programa federal" en La Bisbal



Antes de la merienda con que remató la fiesta.

(Instantánea del señor Esquirol.)

Supongamos que Quiroga se resiste á despegar los labios. Imaginemos que, imbuido en los puros sentimientos de Lucrecia María Davidson, se propone emigrar á un astro distante, y que bajo su apariencia de mozo de cordel se esconde el alma de un Leconte de Lisle.

En este caso, el simbólico «don José» alcanzaría las fabulosas proporciones de un héroe místico, Sisowath del Cambodge de mundos fantásticos aun no entrevistados por la cosmogonía moderna. Sería un ácrata multimillonario, accionista del Creusot, vecino de Lombard Street y de la quinta Avenida, propietario del Rand y emperador del Sahara. Tendría millares de queridas hermosas como el Sol y una nebulosa de lacayos y parásitos. No conocería émulo alguno en punto á liberalidad, fausto y buen gusto, y sus *motor-cars* correrían con una velocidad de seis ú ocho trillones de kilómetros por segundo.

Cantaría sus grandezas *El Motín*, ex órgano de aquel otro don José á quien los españoles han metido en la cárcel porque era de lo poco bueno que quedaba en España. Los demás periódicos lo celebrarían igualmente, deseosos de arrancar una sonrisa ó una mueca al Cresco libertario.

Si, Quiroga podría concebir todo esto, explayando su fantasía en los espacios ideales... si en vez de ministro fuera ordenanza del ministerio.

R. S.

LOS CREYENTES

Era don Atilano católico tan puro, tan ferviente, tan recto, tan cabal y tan cristiano, que por no condenarse, á más de oír diez misas diariamente, pasándose en el templo la mañana, solía confesarse lo menos siete veces por semana. Y además de todo esto, que lo hacía para ganarse el cielo, único fruto que el bendito señor apetecía, es público y notorio que tenía profunda devoción á San Canuto; un santo milagroso al que no en vano, fiado en su influencia y eficacia, acudía el señor don Atilano siempre que le ocurría una desgracia. Pero luego sabía, como debido y natural tributo, pagar cada merced que recibía encendiendo una vela á San Canuto. ¿Que arrasaba un pedrisco las campiñas? ¡Pues una vela al santo! ¿Que infestaba los huertos ó las viñas una plaga cualquiera? ¡Vela al canto! ¿Que era crudo el invierno, siendo imposible soportar el frío? ¡Una vela! ¿Que hacía en el estío un calor comparado al del infierno? Otra vela al instante, y de este modo á su capricho se arreglaba todo.

¿Que, como otro cualquiera, enfermaba el señor don Atilano? Pues nada de que el médico viniera á ver si lo ponía bueno y sano; nada de medicinas, pues todas, según él, eran pamplinas; para curar su mal en un minuto no existía mejor procedimiento ni otro medicamento que encenderle una vela á San Canuto.

Cayó don Atilano cierto día con una pulmonía, y se asegura que era la pulmonía de esas que tienen la intención de un Miura; y al verle sus parientes y allegados revolverse en el lecho con una fiebre de cuarenta grados, aun contrayendo un grave compromiso, por dejar al paciente satisfecho, lejos de dar aviso al médico del pueblo, como hubiera sido lo natural y lo corriente en trance como aquel, tanto más cuanto que una dolencia así no admite espera, juzgaron más prudente poner la consabida vela al santo protector decidido del paciente. —Esto va mal, Gabino (dijo don Atilano á su sobrino con la apagada voz del moribundo

que en el supremo trance al cielo implora); ¡ha llegado la hora de liquidar mis cuentas con el mundo! —Tal peligro no existe, ni ha existido jamás... ¿Está usted loco? (le contestó el sobrino, mustio y triste, por animarle un poco). Confíe usted en su santo favorito y no se apure usted, tío Atilano, que ese santo bendito es el que ha de ponerle bueno y sano. —Pero ¿qué ha dicho el médico? ¿qué opina de este mal que me aqueja? ¿Me ha prescrito alguna medicina? —Nada.

—¿Cómo?

—¡Si no se le ha avisado!

—¡Hombre! ¿Cosa más rara!

—Yo, tío, la verdad, no le he llamado por temor de que usted se incomodara. Y como es ese santo milagroso el que siempre le pone sano y bueno...

Y el enfermo, poniéndose furioso, tras hacer un esfuerzo poderoso, gritó con voz de trueno:

—¡Sobrino, por piedad no seas bruto, y si apreciais mi vida encended otra vela á San Canuto, ¡pero avisad al médico enseguida!

MANUEL SORIANO.

CUENTOS EDIFICANTES

LA MISA DE ALBA

Erased un pueblecito de cincuenta casas á lo sumo. Eso sí, limpio, alegre y templado. Allí apenas se conocía el frío, lo que explicaba cierta ligereza en el vestir, mejor dicho, en el abrocharse, que se observaba en la mayor parte del elemento femenino. ¡Qué elemento aquel, mis amantísimos lectores! Ríanse ustedes ó sonríanse siquiera del agua, del fuego y del aire. Aquellas buenas mozas, robustas, lozanas, siempre con la risa en los labios y el cuerpo bailándoles de salud, hubieran convertido á San Antonio en un don Juan... Y no quiero entrar en pormenores.

Este pueblo, que se llamaba Villanueva, tenía, como es natural, su iglesia, pero una iglesia menuda, renegrida, agrietada, sin cristales en las ventanas, por las cuales entraba el aire á su antojo y los pájaros á su gusto. Por cierto que estos caballeros siempre hacían los nidos en el interior de la iglesia, con lo cual había mañanas en que sus píos y revoloteos ahogaban la voz del celebrante y no era posible oír misa con tranquilidad. El párroco anti-



La última trinchera de Lerroux.

quo, según se decía, no se cuidaba del templo, invirtiendo no se sabe en qué los fondos del culto. En cuanto al párroco actual, no había tenido tiempo de remozar la iglesia, y eso que, como él decía, mientras no se hiciesen los arreglos necesarios no dormiría tranquilo.

Este párroco era un hombron fornido y arrogante, cejas espesas, labios gruesos, crespo pelo, un enorme pecho y unas piernas firmes, como de bronce. Hablaba en voz alta y enérgica, como si mandase, juntando las cejas y apretando los puños, que llevaba cruzados á la espalda. Cuando llegó á Villanueva causó grande efecto, sobre todo entre las mozas, porque tenía más aspecto de hombre profano que de sacerdote. Aquel sujeto, con una barba espesa y al frente de una compañía de guerrilleros, hubiera causado pavor en el campo enemigo. Su carácter era franco, alegre, decididor, y nunca faltaba á ninguna fiesta con tal que hubiese buen vino que beber y alguna moza guapa con quien bailar.

También pasaba por grande aficionado á las hembras, las cuales inquietaban sin tregua el sosiego de su espíritu con el gracioso andar y la frescura de su cuerpo juvenil. Y si á esto añadimos que el pueblo de referencia, según ya he tenido el honor de participar á ustedes, abundaba en buenas mozas fuertes, bien formadas y un poquito tentadas de la risa, figúrense mis lectores cómo estaría de agitado el espíritu del párroco.

Gracias á que él no era hombre que se atascase enseguida, ¡qué había de atascarse!, y, rompiendo por la calle de enmedio, empezó á causar grandes estragos en las filas femeninas, en las cuales, por otra parte, no era jamás mal recibido... Su arrogancia, su buena salud... Hay circunstancias...

El párroco tenía su ama correspondiente, como es natural, guapa y de regulares hechuras, lo que malas lenguas relacionaban con el retraso con que muchas veces se celebraba la misa de alba. El médico del pueblo, que era un hombre muy religioso y asistía siempre á esa misa, estaba escandalizado. Todos los días tenía que permanecer beatíficamente una hora por lo menos á la puerta de la iglesia esperando á que abrieran. Y así ver á la buena moza con la cara encarnada y los ojos somnolientos le daban ganas de llenarla de insultos. Luego salía el padre y decía la misa con una perfecta unción, en la que nadie hubiera podido entrever nada pecaminoso. El médico estaba furioso; le parecía que aquellas misas no aprovechaban á su alma.

Un día falleció el ama, pues todos somos mortales, y apenas se la enterró echóse el padre Froilan á buscar sustituta que le conviniere, lo que no tardó en encontrar. Una viuda de unos treinta años, en plena sazón, muy dolorida de la pérdida de su esposo, ofrecióse á servir al párroco y á ser á su lado un modelo de honestidad laboriosidad y buenas costumbres. Pero ¡caramba! una mañana se dijo la misa de alba á las ocho, y estaban en Mayo, y otra mañana no se dijo, so pretexto de que el padre se había quedado en cama con fuerte dolor de cabeza.

El médico tronaba á la puerta de la iglesia; aquello era un sacrilegio, un horror. ¡Ah! si él tuviera autoridad para castigar semejantes ofensas á la religión... La tarde de aquel día se encontró con el párroco y no pudo menos de llamarle la atención sobre aquellas negligencias.

—¡Ay, hijo le contestó el padre—, es que hay noches en que no es posible dormir!...

Pero el otro arreció tanto en sus censuras, que



JOSÉ MENÉNDEZ AGUSTY

Si, como ha dicho alguien, la muerte es una cosa con la que nada tenemos que ver, puesto que no existe mientras vivimos y cuando existe no vivimos ya, ese fatal desenlace de la vida sólo debe levantar en nosotros una noble protesta contra la crueldad de la Naturaleza, que nos crea y nos suprime con la misma indiferencia.

Convengamos en que esta crueldad es aun mayor cuando la muerte siega una vida joven é inteligente.

Joven é inteligente era Menéndez Agusty; su pluma galdosiana, de ático estilo, nos ha dejado galanas pruebas de un sutil instinto literario. En *La hija de don Quijote*, en *La obra de Dios* y en *Marin de Abreda*—la mejor de sus novelas—puede estudiarse, leídas por este orden, el desarrollo intelectual del escritor, y sus dotes de sagaz observación.

Deja alguna obra inédita por falta de editor, aquí, en Barcelona donde los editores abundan. Pero tengamos en cuenta que el público que lee novelas en España no ha salido aún de Porson, Luis de Val y *Los siete niños de Egipto*.

Agusty era madrileño, fué periodista en Madrid hasta hace pocos años y luego fué periodista en Barcelona. En la Prensa madrileña, y ni aun en el periódico donde él trabajó, ha merecido su muerte una gaceta de tres líneas.

Menéndez Agusty, para terminar, con todo su talento y su intuición artística, era un hombre que no habría llegado á escalar brillantes puestos, ni sus triunfos literarios hubiesen sido muy lucrativos, lo cual, poniéndole á salvo de envidiosas críticas, le hubiera afianzado en el afecto de sus amigos y compañeros.—J. BRISA.

el párroco, aburrido, le preguntó á boca de jarro:

—¿Cuántos años tiene la criada de usted?

—Cincuenta y cinco.

—¡Pues por eso madruga usted tanto!...

J. MENÉNDEZ AGUSTY

La noche de San Juan

Dudando, Enríqueta, tu pura inocencia, si amor, que aun no sientes, es dicha ó dolor, pretences que diga mi amarga experiencia ¡feliz, pues lo ignoras! ¿qué cosa es amor?

CAMPOAMOR.

I.

Aunque yo no me llame *Azorin*, soy también un pequeño filósofo á mi manera y gusto en regoci-

jos y festejos populares de observar tipos y costumbres, muchas veces con la intención de trasladarlos al papel impreso y otras para guardar las impresiones que me sugieren en el archivo secreto de mi espíritu, utilizando sus lecciones para regular mi vida privada y pública.

El año pasado, tal día como hoy, víspera de San Juan, después de haber contemplado las hogueras tradicionales desde la cumbre del Tibidabo, á eso de las doce de la noche, me dirigí al muelle de Atarazanas, donde una golondrina, con estridentes silbidos, invitaba á los paseantes á trasladarse á la Barceloneta

II.

Lleno hasta los topes el vaporcito atravesó las cenagosas aguas del puerto, haciéndonos experimentar la terrible emoción de ser sorbidos por el mar, cosa que sucederá un día, si no hay alguien que modere la avaricia de los propietarios de las golondrinas.

Sentados y de pie, estrujándose unos á otros, iban hombres, mujeres y chiquillos. A mi lado iba una joven con blusa blanca y falda de percal muy crugiente, rubia, con grandes ojos azules, que escuchaba con el rostro encendido los requiebros de un chulo que estaba sentado junto á ella y que restregaba sus pantalones de odalisca á las faldas de ella.

—Esta noche me vas á querer mucho, ¿verdad? decía él echándose la gorra sobre los ojos.

—Como siempre ¡mira éste!

Es que es la noche de San Juan.

—¿Y qué?

—Pues *ná*, que tienen que pasar muchas cositas antes que amanezca. —Ya lo creo; ¡la mar de cosas!

La golondrina se detuvo.

En el paseo Nacional sonaban pianos de manubrio, coloreaban farolillos y voces roncadas cantaban en las tabernas al compás de guitarras desentonadas. Los merenderos, radiantes de luz, ostentaban á la puerta, como tentación, gigantescas fuentes de moluscos, los amarillos limones servían de tapon á las botellas de cristal, y pendientes del techo se columpiaban rojas langostas cocidas.

Mi pareja iba del brazo.

Yo tras ellos.

—¿Entramos aquí?—dijo él ya cerca del Astillero.

—Como quieras.

Se sentaron en una mesa; yo me coloqué en la de al lado.

Pidieron los inevitables moluscos, merluza frita y biftec. Yo la emprendí con una langosta.

El chulo apenas comía, se la comía con los ojos, bebía mucho, y de vez en cuando la daba un pellizco por debajo de la mesa.

Ella le decía amoscada:

—Estate quieto. ¿No ves que mira el camarero?

Y comía con gran apetito.

He observado que el amor ahuyenta el apetito en los hombres y lo aumenta en las mujeres. Y fíjese el que quiera cuando vea comer una pareja de enamorados: el hombre mira y habla; la mujer come como una descosida.

Pagaron y se fueron. Se dirigieron hacia la es-

PÁGINA HISTÓRICAS



España del Hechizado

collera. Yo les seguía á honesta distancia. El chulo daba algún traspiés, pero no perdía el equilibrio; ella cantaba á grito pelado:

A la voreta del mar
hi ha una doncella
que brodava un mocador
que'es per la reyna.

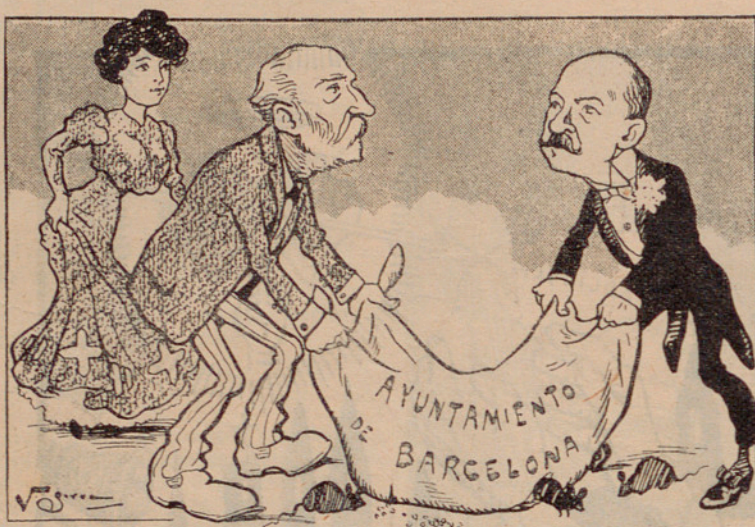
Descendieron por los peñascos que se deslizan hasta el mar, y callaron. Pasé y repasé; no los podía distinguir.

El horizonte se teñía de un rosa pálido. Acercábase la aurora.

¿Dónde diablos estarían?

De pronto oy un grito y el llanto de una mujer.

El inferno y el otro



Dos al saco y el saco en tierra.

La bronca voz del chulo repetía: —¿No sabías que era la noche de San Juan? ¿Y ese es el cariño que me tienes? Pues toma...

Y sonaron fuertes bofetadas dadas en mejillas de terciopelo.

Y es que en la noche de San Juan cada uno entiende el amor á su manera.

FRAY GERUNDIO.

Verbena municipal



La hoguera de todo el año.

Leyendo la Prensa

Al prójimo contra una esquina.

(Máxima mundial)

Cree el vulgo que la mayor desgracia que puede ocurrirle á un escritor es dar un libro á la estampa y que el tal libro no se venda.

El vulgo se equivoca en esto, como en otras muchas cosas. La desgracia que más ha de tener un literato es tener un admirador tonto y periodista, cosa que suele ocurrir, porque en el país abundan los periodistas, los admiradores y los tontos.

Cuando el admirador del publicista no es más que admirador y tonto, suele éste proporcionar á aquél un pequeño beneficio, pues es de suponer que probará su admiración y su tontería dándole prisa á adquirir un ejemplar del nuevo libro,

pagando en buena moneda (que moneda sospechosa no hay librero que la tome) el deleite que ha de proporcionarle la lectura.

Pero cuando el admirador, además de tonto, es periodista, al publicar el literato un libro nuevo ha de empezar por hacer formal renuncia de la ganancia que pudiera proporcionarle la venta de un ejemplar, porque una de las preeminencias del

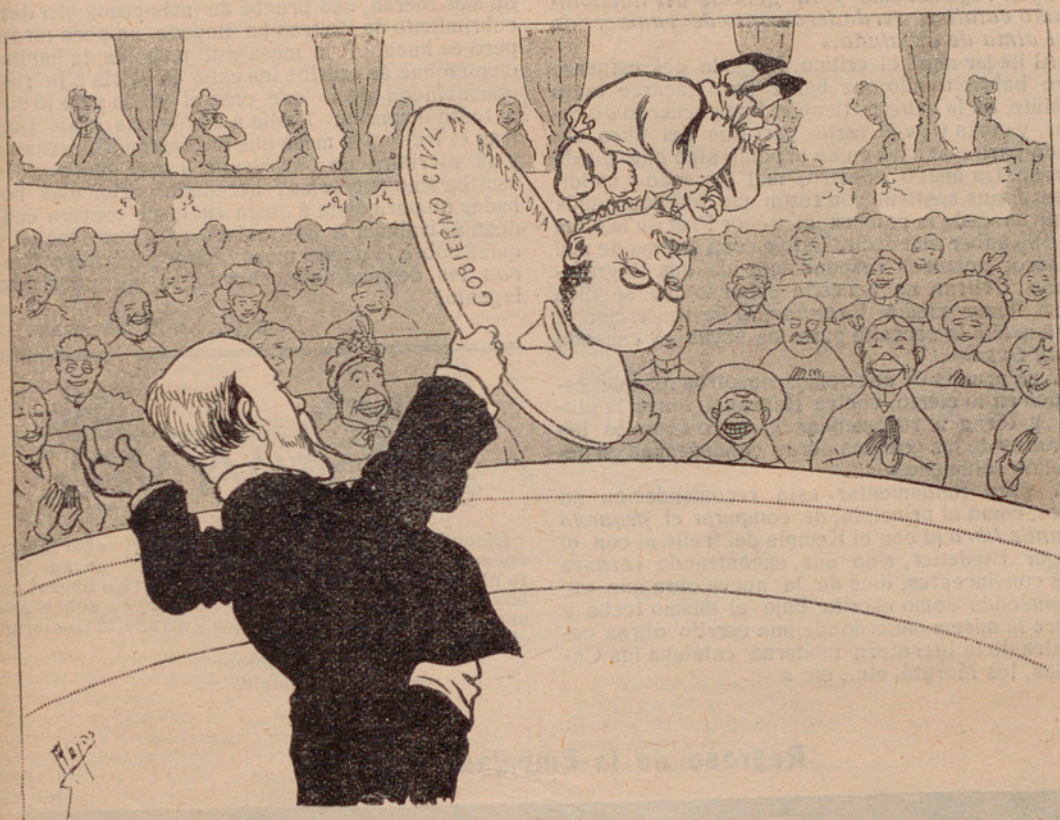
oficio de periodista es la de leer de gorra... Nos apresuramos á decir, antes que alguien nos moteje de parciales, que hay no pocas excepciones; periodistas conocemos que no leen, ni aun de gorra, por no dar tormento á los ojos ni al cerebro imponiéndoles la poca grata tarea de ir deletreando trabajosamente frases y analizando conceptos.

Volviendo á los periodistas tontos que leen, insistimos en afirmar que son constante amenaza para el escritor que admiran, pues es seguro que no bien el literato admirado haya puesto en venta un libro, el periodista admirador se considerará obligado á tomar la pluma para dárselas de crítico y recomendar la nueva publicación.

Y ¿qué mal hay — dirán algunos lectores — en que un periodista, bueno ó malo, se apresure á dar un bombo á un libro?

Hay — respondemos — un mal grande, un mal grandísimo, porque si el público echa de ver que el escritor que bombea es tono de ca-

Intermedio cómico



Mientras el jefe de pista dispone quién sale á hacer equilibrios, el Tony-Sostres da las volteretas de costumbre.

pirote, si ve que el artículo encomiástico está mal pensado y peor escrito, dará en sospechar, y con motivo, que la obra elogiada debe de ser cosa análoga al artículo de elogio, y que el crítico y el literato deben de hallarse á un mismo nivel intelectual cuando con tan poco esfuerzo se han encontrado y comprendido.

Bien sabemos que estas deducciones no serán siempre acertadas y que es probable que el crítico dispare al hablar del libro, precisamente por no haber entendido jota de lo que el autor ha escrito; pero los lectores de periódicos que sean poco inclinados á meditar bien las cosas, al leer una crítica laudatoria y disparatada, darán por cierto que el libro alabado es malo, por el solo hecho de ser tonto el que lo celebra. Al pensar así se atienen á la afirmación del fabulista:

*Si el sabio censura, malo;
si el necio aplaude, peor.*

Los que así discurren deben de haberse formado un concepto desastroso del libro *La Nacionalitat Catalana*, recientemente publicado por don Enrique Prat de la Riba. Aquel libro y este autor han sido elogiados brutalmente en *La Vanguardia* por el distinguido joven y ya aventajado crítico de todo lo criticable don Marcos Jesús Beltran, hombre de tan rara habilidad y de tan despierto ingenio que en poco más de dos años ha pasado triunfalmente desde los modestos rincones reservados en las postreras páginas de su periódico á los humildes gacetilleros, hasta las gloriosas y codiciadas columnas de la página prime-

ra, donde á menudo su prosa antigramatical se toca y campea con los soporíferos fusilamientos anglo-franceses del amodorrante *Juan Buscón*.

Pero no prolonguemos por más tiempo la impaciencia que de fijo sentirán nuestros lectores por conocer el grandor y la cuantía de los disparates del ameno y fecundo periodista don Marcos Jesús Beltran... ¡Jesús Beltran y qué cosas dice!

«A menudo escribe—los grandes libros son de pequeño volumen: así el gran libro del fraile de Nuremberg, así el libro de Prat de la Riba, Kempis (!) del Renacimiento catalan.»

Luego de haber comparado el libro grande y de pequeño volumen del señor Prat de la Riba con el Kempis, lo que no deja de ser un abuso de comparación, rebaja Marcos Jesús la obra de categoría y, convirtiéndola súbita y prosaicamente en vademecum para *commis voyageurs*, dice que «para muchos será Boedeker que les guíe y acompañe». A críticos como Beltran no se les puede exigir que establezcan diferencias entre el libro del fraile de Nuremberg y la *Guide pratique et sérieux* del editor de Leipzig.

Mas todas estas comparaciones son grandes bobadas, aunque en pequeño volumen, comparadas con el incalculable tamaño de los desatinos y bobadas que contiene el siguiente parrafillo:

«En *La Nacionalitat Catalana* queda definido el despertamiento de Cataluña, desde la transformación asimétrica de los círculos superiores y sus irradiaciones concéntricas hasta las capas sociales más sesudamente castizas; que-

da especificada la diferencia entre el provincialismo y el regionalismo y la *génesis del nacionalismo catalán, verdadero canto de enamorado del alma de Cataluña.*»

Al llegar aquí, el crítico, fatigado del esfuerzo que habrá tenido que hacer para sacarse tanto dislate de la cabeza, tiene el buen acuerdo de callar, y corta y pega varios párrafos del libro, sin duda para que haya en su artículo algo que pueda leerse. Un amigo nuestro, mal pensado y maldiciente, nos sostiene con tesón que Marcos Jesús Beltrán cede la palabra al señor Prat de la Riba por no saber qué decir. Esto es una broma de mal género; nosotros respondemos de que el grafómano Beltrán no necesita saber lo que se dice para llenar media *Vanguardia* de tonterías; la otra media la necesita para las suyas el cansado *Juan Buscón*.

Y en prueba de que somos nosotros los que estamos en lo cierto, vuelve Beltrán á tomar la pluma y torna á recomendar el libro «á todos los amantes de las grandes obras condensadas en pequeños volúmenes».

Y para fundamentar esta recomendación no trata, como al principio, de comparar el *pequeño grande libro* ni con el Kempis del fraile ni con el vulgar Bødeker, sino que, encontrando razones más convincentes, dice de la nueva obra que «se recomienda como escrita bajo el mismo techo y sobre la misma mesa donde han escrito obras capitales de la literatura moderna catalana los Casellas, los Morató, etc., etc.»

¿Se quiere un argumento más sólido, una razón de más fuerza, una prueba de más peso? ¡El descubrimiento de Beltrán ha llegado un poco tarde, pero es bueno! A la mesa y al techo de la habitación en que se escribe les cabe la gloria ó la responsabilidad de lo que crea el genio y de lo que el tonto disparata. Dadle á un Marcos Jesús Beltrán el techo y la mesa que inspiraron á Cervantes y os escribirá un *Quijote*; pero ¿qué quereis que escriba sino peregrinas necedades y ridículas bobadas un periodista á quien su mala ventura condena á trabajar á diario bajo el mismo techo, y quizá sobre la misma mesa, donde pare *Juan Buscón* los desmembrados abortos de su pobrísimo ingenio?

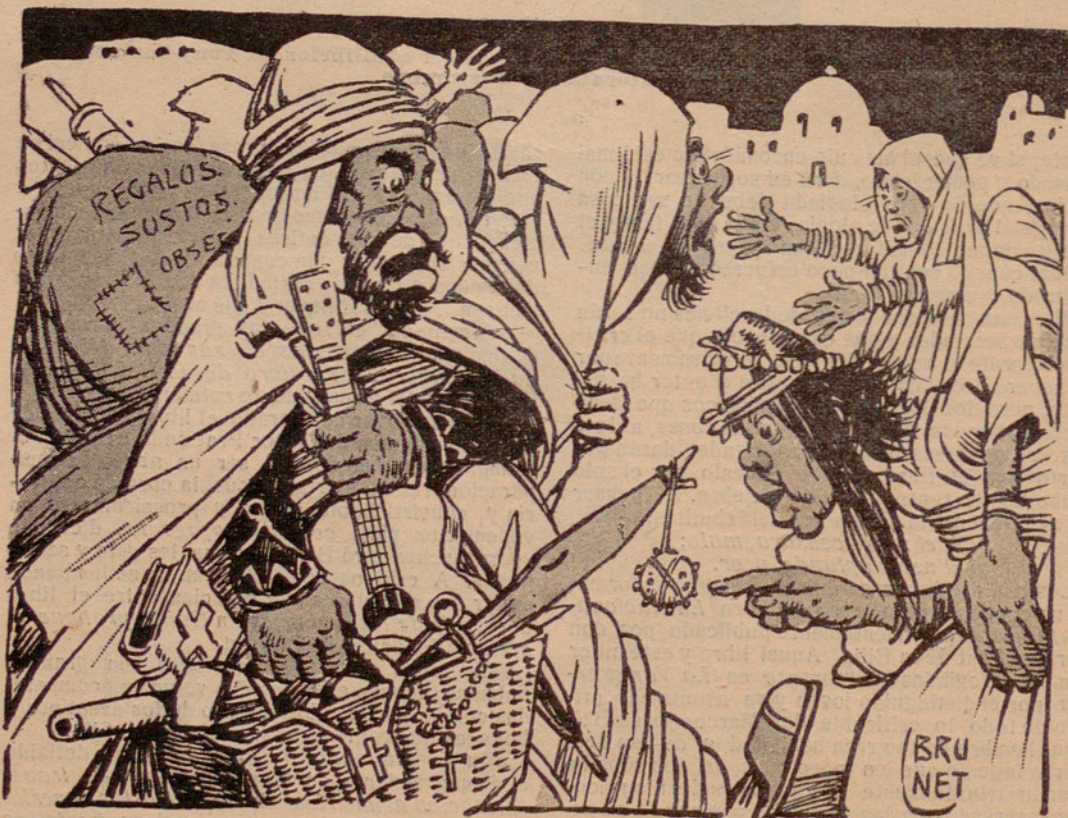
LUIS JULIAN ECHEGARAY.



Dicen los periódicos de la Corte que el señor Moret encuentra grandes tropiezos para hallar un sustituto al duque de Bivona. «En todo el partido liberal no hay un prohombre que se atreva á echar sobre sus hombros la responsabilidad que entraña el Gobierno civil de Barcelona...»

He leído con horror esta noticia risible.

Regreso de la Embajada marropuf



Los moros al llegar á Marruecos han respirado con la satisfacción del que se ve por fin en país civilizado.

Cochinerías

¿No tener gobernador
por no encontrar sucesor
á Bivona?... ¡Es imposible!
Suponen á Barcelona
peligrosa, y no es verdad;
¿peligrosa una ciudad
que ha manejado Bivona
con tanta facilidad?

En Madrid grandes y chicos
se equivocan al juzgar
á este pueblo, sin pensar
que, aunque nos hagan añicos,
lo sufrimos sin chistar.

No se apure el Presidente
buscando pacientemente
un hombre. ¡Qué desatino!
¡Si aquí con cualquier pollino
marchamos tan ricamente!

No nos acostumbre mal,
pues si manda un liberal
con prestigio y con cabeza,
nos va á causar extrañeza
un cambio tan radical.

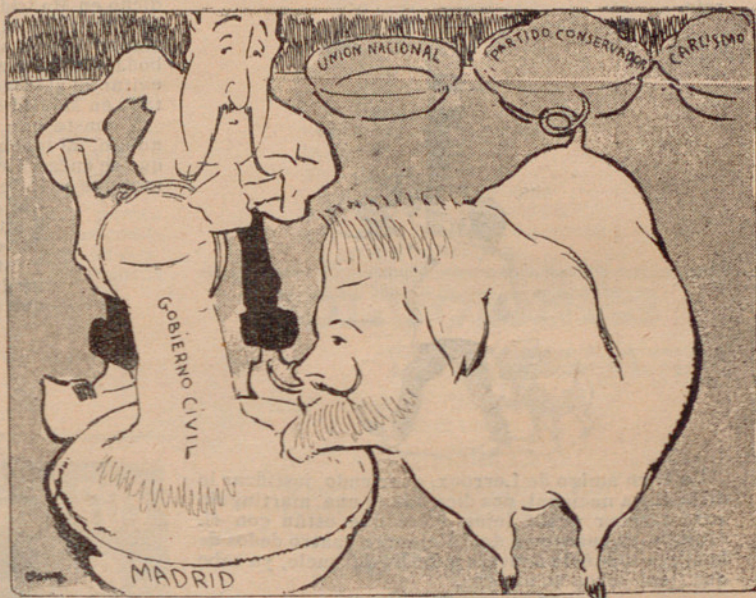
Nosotros siempre habíamos
considerado á Lerroux hombre
de bastantes bríos para poner-
se muchas cosas por montera;
pero, la verdad, no creímos que
entre estas cosas estuviera tam-
bien la bandera nacional.

Pero nos hemos equivocado,
cosa que, dicho sea de paso, nos
pasa siempre que pensamos algo
bueno de Lerroux.

Nosotros ignoramos el ma-
quiavélico y revolucionario plan
que el ciudadano Marat-Lerroux
pensará llevar á cabo al tomar
los colores nacionales como
adorno de su elegante jipijapa; pero desde luego po-
demos asegurarle que su capricho ha causado mucha
más gracia que miedo.

Ayer, sin ir más lejos, oímos cantar á un ciego
esta copla, que el pobre hombre había adaptado lo
mejor posible á la música de un *couplet* de moda:

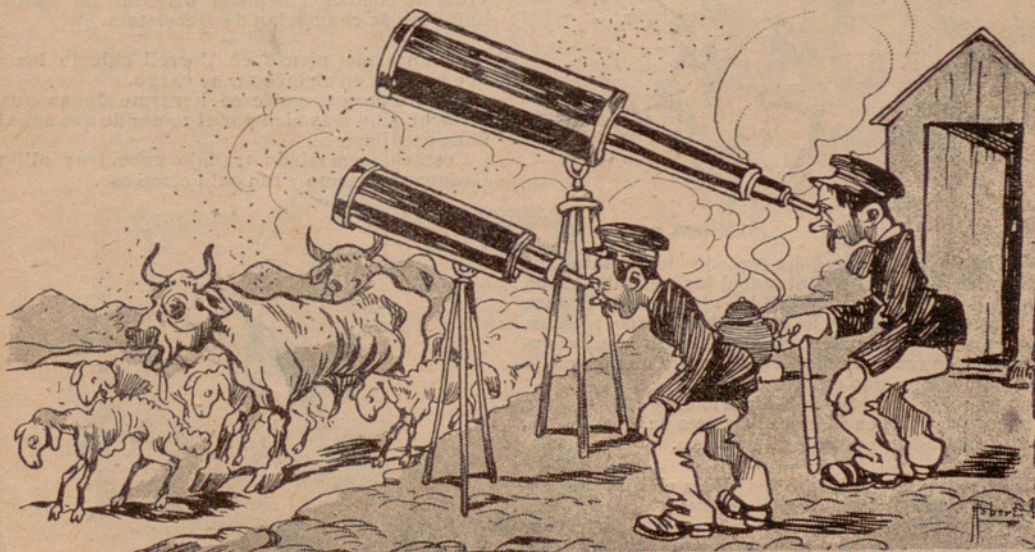
Lerroux y sus partidarios
se han comprado un panamá
que lleva á guisa de cinta
la bandera nacional.
La bandera que fué un día



—Es sucio su proceder,
pero yo no lo critico;
quien vive para comer
solo cuida de tener
donde meter el hocico.

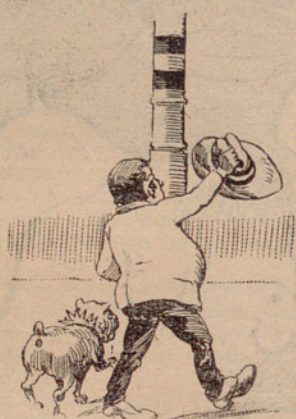
pregon de virilidad
hoy Lerroux la hace que sirva
de adorno á su panamá.
Yo, al verle con jipijapa,
le he perdido el miedo al bú;
me ha hecho gracia el jipi jipi,
jipijapa de Lerroux.

Bien vemos que la copla copiada es mala—al fin y
al cabo, copla de ciego—; pero nosotros la hemos



La comision de Consumos ocupada en mirar á las alturas, deja pasar
muchas miserias terrenas.

transcrito para que comprenda Lerroux hasta qué punto resulta ridículo su panamá rojo y gualdo, cuando hasta los ciegos han visto en él motivo para reír.



Un buen amigo de Lerroux, queriendo justificar lo de la cinta nacional, nos dice que es una martingala para conocer desde lejos á los que están con él. "Ahora, en cuanto ve don Alejandro cuatro dedos de bandera española á metro y medio del suelo, ya sabe que tiene cerca un amigo."

Y ayer ocurrió que, viendo en un poste tranviario nuestra bandera, corriendo saludó Lerroux, diciendo: ¡Adios, correligionario!

Leo en los periódicos:

"El tribunal de Minneapolis ha condenado á tres años y seis meses de cárcel á Jacobo Force, presidente de la "National Life Assurance."

¡Qué borrico! Si hubiera fundado en España la "Esperance Casa del Pópulus Times Society", merecería trescientos años de presidio, pero no tendría que temer nada.

El mismo sir Sigismond Mooret le ayudaría con su bolsillo y sus consejos.



El fantástico *Memento* ha tratado de asombrar á la Prensa de Madrid contando á los periodistas un sin fin de *mementadas*. Pero los chicos de la Prensa le han calado pronto y le han dicho cuatro frescas, únicas cosas que se le puede decir, para que las entienda, á un fresco como *Memento*. Lo menos que le han llamado ha sido embustero.

¡Pobre *Memento*! Se fué á Madrid creyendo que iba á poner una pica en Flandes, y, como de costumbre, le ha resultado un pitable marronazo.

Una persona de juicio nos decía el otro día, comentando las declaraciones de *Memento*:

—¿Cómo se explica que se haya atrevido á decir que sabía que Morral era anarquista temible, aunque su nombre no constaba en los registros del Gobierno civil? ¿No forma esos registros la policía? Pues *Memento* debió apresurarse á añadir al regis-

tro policíaco el nombre del peligroso Mateo Morral. Tan mal como todo esto—añadía nuestro razonador amigo—se explica el desahogo con que *Memento* ha dicho en Madrid que él sabía que Morral se dedicaba en Sabadell á fabricar explosivos y que tuvo conocimiento de su salida para la Corte en visperas de la boda regia. ¿Sabiendo todo eso no hizo nada para evitar el atentado? Por saber mucho menos han estado en Madrid encarceladas varias personas.

Y conste que al decir todo esto no tenía nuestro amigo, ni tenemos nosotros, el propósito de pedir que se encarcele á *Memento*. No; ni siquiera queremos que se le deje cesante, porque es seguro

que el hambre le obligaría á intentar la tontería de volver á ser autor, y esto nos resultaría un daño mucho mayor que sufrirle policía.



La señora Pardo Bazan ha visto, por fin, realizado el constante sueño de su larga vida, de presidir á los jóvenes literatos del Ateneo de Madrid.

La eleccion de los chicos del Ateneo no ha podido ser más acertada.

La literatura sensiblera y eunuca que ahora se estilaba pidiendo á voces (voces atipladas, por supuesto) unas faldas. Ya las tiene.

La primera vez que la señora Pardo Bazan presida á los afrancesados melenudos que la han hecho presidenta, puede empezar el obligado discurso de gracias con estas justas palabras: "Mis queridas compañeras."

Vincenti, al dejar su Alcaldía, dijo que, como Sancho, había entrado desnado en la insula y desnudo salía de ella.

En cambio, aquí Borrell nos dejaría en cueros vivos á condicion de poder ostentar un magnífico uniforme de chambelan de Gerolstein.

Siempre que pienso en Borrell calculo los días que tardará en abandonar su cargo.

Y no es porque yo desee librarme de su gestion sindical, sino más bien por el temor de que nos abandone gentilmente.

Costaría demasiado trabajo encontrar allí otro Gedeon tan memo y tan bufo como ese.



El *Diario de Barcelona* publicó un artículo tratando de dar cuerpo á la infamia inventada por alguien

que tiene interés en que se crea que los republicanos estaban en inteligencia con el autor del atentado anarquista de Madrid.

Algunas horas después *El Liberal* reproducía el artículo del *Brusi*, pero, no teniendo ni siquiera la franqueza de reproducir la infame calumnia por su cuenta, disculpaba jesuíticamente la publicación diciendo que lo hacía para ver qué decían los republicanos.

Pues los republicanos, solapadísimo colega, han dicho muchas cosas contra usted, que tanta prisa se ha dado á enseñar la oreja del *trust* monárquico de que formá parte. Pero callando lo más de lo que se ha dicho, por ser demasiado fuerte para puesto en letras de molde, le diremos que una de las cosas que han repetido los republicanos al juzgar su conducta es que son preferibles los enemigos francos como el *Brusi*, á los amigos traidores.

Que la República muera,
si es que es su sino morir.
Pero el que matarla quiera
no se esconda para herir
con puñalada tramera;
cara á cara ha de agredir.



Charada con premio de libros

(De Segundo Toque.)

Prima tres prima total
dos tercera llevan mal.

ADIVINANZA

(De Guillermo C. Miquelet)

Nazco en el mismo momento
de morir-me la madre,
y cuando me muerdo yo
ella renace al instante.

AGUA DE COLONIA DE ORIVE

Basta una sola prueba para decidirse por la riquísima **Agua de Colonia de Orive**. El que olfatea unas gotas se afana por comprarla, rechazando todas las marcas. Las extranjeras de algún mérito son carísimas y no pueden usarlas más que los potentados, mal avenidos con sus intereses. El Agua de Colonia de Fátima, el Agua Florida son buenas, mas no superiores á la de **Orive**, siendo ésta 4 veces más barata que aquéllas.

Los que gastan el **Agua de Colonia de Orive**, después de haber desechado todas las extranjeras, ganan en higiene, gusto, ornato del tocador y en su bolsillo, demostrando ser buenos patriotas, que prefieren lo español á lo extranjero, gastando, por añadidura, mucho menos dinero.

DESCONFIAR

DE IMITACIONES

El citrato de **Magnesia Bishop** es una bebida refrescante que puede tomarse con perfecta seguridad durante todo el año. Además de ser agradable como bebida matutina, obra con suavidad sobre el vientre y la piel. Se recomienda especialmente para personas delicadas y niños.

En Farmacias. — Desconfiar de imitaciones

El citrato de **Magnesia Granulada Eterrescente de Bishop**, originalmente inventado por **Alvato Bishop**, es la única preparación pura entre las de su clase. No hay ningún sustituto «tan bueno». Póngase especial cuidado en exigir que cada frasco lleve el nombre y las señas de **ALFREDO BISHOP**, 48, Spelman Street, London.

MAGNESIA

DE BISHOP

CHARADAS

(De Antonio Pomar)

Segunda cuartía animal,
tres prima de mujer nombre,
nombre de varón total.

(De José Prats Serra)

Prima dos por sus respetos
casi siempre el timador;
la dos tercera no uso
ya para vestirme yo.

La total es pesadísima
y molesta en grado atroz,
pues para aguantar sus voces
es necesario ser Job.

SOLUCIONES

(Correspondientes á los quebraderos de cabeza del 9 de Junio.)

A LA CHARADA
Contrata

A LOS PROBLEMAS

Número de viajes realizados: 26
Distancia recorrida: 182 kilómetros

Número de robos cometidos: 9
Días de prision: 99

AL JEROGLÍFICO

A cincuentaocas corresponden cien ojos

Han remitido soluciones.—A la charada: Teresa Sils, Petra del Río, María Sistachs, José Prats Serra, Antonio Peris, Mariano Romagosa, José Grogüés, Francisco Pineda Roca, Vicente Salvatierra Gregori, «Un estudiante suspenso», «Pep de las ollas», Julio Serratosa (de Tarra-gona), Andrés Pijoan, Mario Soldevila, Jesús Ferrer, Miguel Torrens, Tomás Pedrerol, Manuel Colomé.

Al problema primero: Mario Soldevila, Miguel Torrens, Francisco Pineda Roca y Andrés Pijoan.

Al segundo problema: José Rafols Prat, José Grogüés, Francisco Pineda Roca, José Sabatés Font, Porvenir Ideal Ayerbe y Lloveras, Mario Soldevila, Miguel Torrens, Andrés Pijoan, Pedro Toll y Jesús Ferrer.

Al jeroglífico: Petra del Río, Julio Serratosa, Andrés Pijoan, José Prats Serra y Manuel Vehils.

GRASA

SUPERIOR

PARA

CARROS

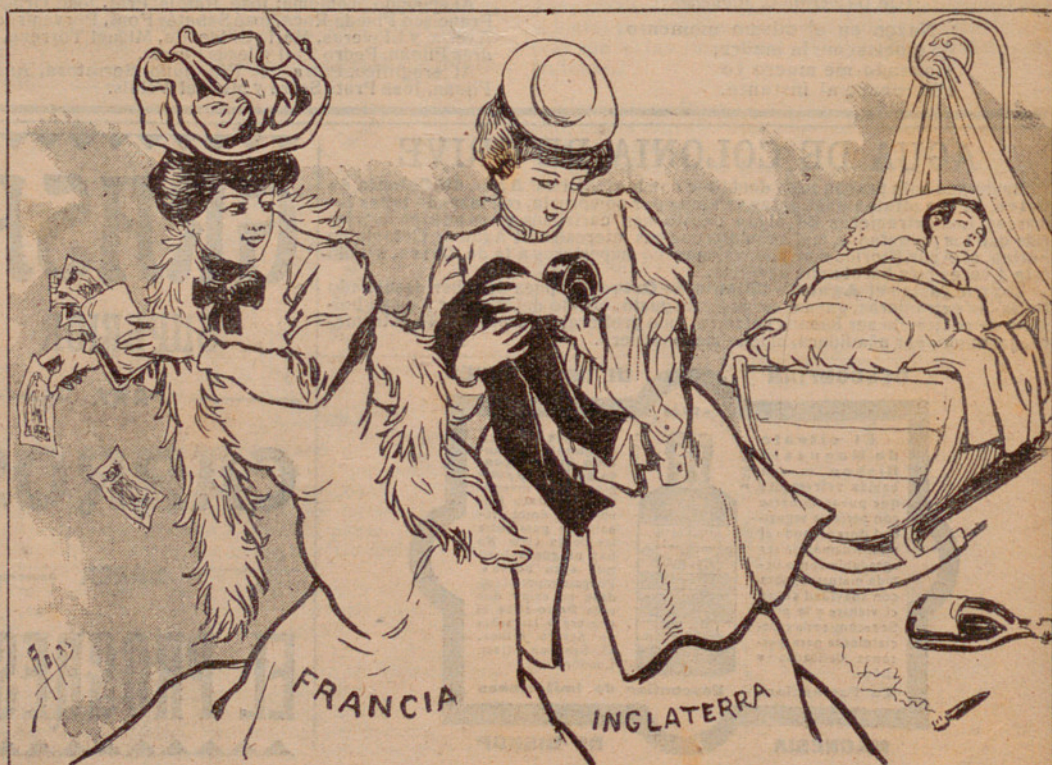
MARCA

EL PROGRESO

Una gafada



Parece que buscan su cariño,



y lo que buscan es ver si le dejan en pelota.